

## DISPUTA DE PODER Y CREATIVIDAD PSICONALÍTICA<sup>1</sup>

Aloysio Augusto d'Abreu\*

Debemos entender el poder como una práctica social, la cual no es ejercida de una forma homogénea, sino de formas diversas, en diferentes momentos históricos, sociales y culturales. Depende del espacio, de la época y, principalmente, del modo cómo se ejerce. Se inserta dentro de las características de una coyuntura.

Su estudio es amplio y complejo, y no cabe aquí discutirlo en toda su complejidad. Nos limitaremos al campo específico del psicoanálisis, o sea, al ejercicio del poder en el trabajo clínico y en las instituciones psicoanalíticas y su influencia en la creatividad psicoanalítica.

El poder puede ser tomado e impuesto por la fuerza física, sin embargo, eso no parece ser la regla en el terreno del psicoanálisis, lo que nos lleva a enfocarnos, solamente, en el poder otorgado. A pesar de admitir que, en algunos casos, se concretiza bajo alguna forma de violencia.

El poder se puede otorgar por el reconocimiento del saber y capacidad de jefatura y liderazgo, además del compromiso con el desarrollo y mejora del prójimo. En ese caso, el poder estará al servicio de ideas e ideales que objetiven la realización de metas, buscando un bien común. Será ejercido de forma democrática y creativa, donde las diferentes opiniones serán escuchadas y respetadas, preponderando la razón y la sensatez. Aquél que ejerce el poder tendrá siempre como meta el interés de su colectividad.

No nos olvidemos del carisma, que, independientemente de la forma en que sea usado, es un importante elemento para el acceso al poder. Pienso que el carisma y sus implicaciones merecen un estudio aparte.

---

1 Ponencia del XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: Vínculos y Soledades. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, setiembre 2015.

\* Psicoanalista. Miembro efectivo, con funciones didácticas en la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Rio de Janeiro. <dabreu.dabreu@gmail.com>.

El poder seduce y puede servir de alimento a vanidades, atrayendo a muchos y haciendo que otros se sientan inferiores por no poder ejercerlo. Crea, para el que lo ejerce, la ilusión de fuerza, haciendo que el individuo se sienta importante y superior. Para el ejercicio del poder habrá un líder que ejerza una autoridad en la que sus seguidores se apoyarán, creyendo en sus cualidades. Hay siempre uno que influencia —el líder— y otro que es influenciado —el seguidor.

El poder, cuando es practicado buscando saciar vanidades, carencias e inseguridades, con el propósito de hacer que la persona se sienta importante y valiosa, con poder de atracción sobre el otro, es ejercido de forma arrogante, egoísta y abusiva. Es una fuerza que atrae, como un alimento indispensable al narcisismo individual.

Las decisiones tomadas por esos individuos buscan el interés de otras personas o de grupos, que, por beneficiarse, los apoyan y enaltecen.

La sed de poder y dominio sobre el otro llevan a la lucha por su mantenimiento. Podemos verlo en el día a día, tanto a nivel de política nacional o mundial, como en el simple ejercicio de la función de presidente de una comunidad o, aún, en la dirección de instituciones psicoanalíticas. A través de ese poder, el individuo busca establecer su equilibrio narcisista, ya que le es imposible lidiar con las diferencias. El poder estará así al servicio del mantenimiento de la hegemonía de una idea, filosofía, creencia o religión. El mal y la degradación se depositan en el diferente que debe ser renegado y combatido. Ese enemigo, el diferente, al ser visto como una amenaza que debe ser eliminada, pasa a ejercer la función de unión y apoyo para la lucha que debe ser emprendida contra él.

La creatividad es abolida, en la medida en que ella es innovadora, y lo nuevo es lo diferente, y nada puede ser diferente.

Hay resistencias que buscan impedir que otros, con condiciones de crear y renovar de forma democrática, puedan trabajar por la colectividad. El poder, en esos casos, es mantenido a través de medios como el autoritarismo, en el que la coerción, la amenaza y la punición son usadas; o por la manipulación y seducción, a través de recompensas y promesas como moneda de cambio; o por el paternalista, creando la idea de ser un ser protector, o, aún, buscando representar al poseedor de la verdad, haciendo creer que él es el único que sabe y conoce todo sobre aquella teoría o asunto.

La elección de la actividad del psicoanalista, sabemos, implica varios factores, conscientes o no, conocidos o desconocidos. Entre ellos está la idea de poder.

A pesar de las dificultades en el mercado laboral, de la caída del “glamour” del psicoanálisis, el terapeuta todavía provoca admiración sobre las personas. No infrecuentemente, en reuniones sociales, somos presentados a alguien, que al saber que somos psicoanalistas, comenta: “Opa! Debo tener cuidado con lo que voy a hablar delante de usted para que no me analice”. Ese comentario demuestra una creencia en los poderes casi mágicos que, a menudo, son atribuidos a los psicoanalistas. En las palabras de un colega: “Los psicoanalistas aún están envueltos por el aura de los antiguos chamanes”.

Poder comprender lo que pasa en la mente del otro, ser poseedor de un saber limitado a sólo algunos “elegidos”, y por qué no decir: “Dueño de cierto poder sobre el paciente” son apelaciones a las necesidades narcisistas del ser humano. Los psicoanalistas, para quien no lo sabe, son seres humanos. Lo cual, a menudo, suele ser olvidado por los propios psicoanalistas.

En su actividad clínica, el psicoanalista es investido, por su paciente, de poderes, como el de ser capaz de resolver todos sus problemas, de saberlo todo y tener opiniones correctas sobre cualquier cuestión, etc. Si se deja enredar por esas idealizaciones, se vuelve ciego, sin poder mirar ni comprender nada.

Cuando esa idealización nutre el narcisismo del analista, él se deja embriagar por los atributos y poderes que el paciente le otorga. Esa embriaguez, como un tóxico, lo perjudica, inhibiendo su percepción y creatividad. Y con frecuencia, llevando a actuaciones que dañan al paciente.

La creatividad, para que surja y se desarrolle, necesita un clima de libertad, sin la presencia de un poder que la oprima. En la labor analítica, esa opresión puede estar presente a través de un aspecto de la subjetividad del analista, como su narcisismo, que lo lleva a exhibirse y obtener admiración y aprecio de su paciente, sin que él tenga posibilidad de crecer y ser él mismo.

El exhibicionismo del psicoanalista puede surgir de varias formas durante la labor psicoanalítica: a través de la necesidad de hacer “interpretaciones brillantes”, en querer mostrar cultura y conocimiento, en querer mostrar buenos resultados de su trabajo, no sólo para el paciente, sino también para las personas cercanas.

El poder, en el “setting” analítico, también, puede ser mantenido a través de medios como: el autoritarismo en el que la coerción, la amenaza y la punición son usadas (si usted interrumpe el tratamiento puede ponerse loco..., etc.) o por la manipulación y seducción, a través de recompensas y gratificaciones, o por el paternalismo, creando la idea de ser un ser protector, o, aún, buscando ser el sabedor de la verdad, haciendo creer que él es el único que sabe y que conoce todo sobre el paciente y sus dificultades.

No podemos dejar de señalar, tampoco, la posibilidad del ejercicio de prácticas perversas en la relación del psicoanalista con su paciente, como el uso de su capacidad de sugestionar para sacar provechos materiales.

Evidentemente, esas formas de poder, ejercido por dificultades no resueltas en el analista, lo impiden ser libre, tener su atención flotante y ejercer su capacidad de entender y ser creativo. Ese tipo de comportamiento lleva, con frecuencia, al analista a tener una acción sugestiva y modeladora, no permitiendo que el paciente adquiriera una identidad propia. De hecho, desean formar admiradores y seguidores. La teoría y la técnica psicoanalítica pueden, igualmente, ser elementos que ejerzan un poder sobre el analista, inhibiéndole en su creatividad. El miedo de “no estar haciendo psicoanálisis”, o la necesidad de protegerse de sus temores e inseguridades, a través de teorías o técnicas, son, frecuentemente, generadores de bloqueos en la comprensión y creatividad de analista.

Como podemos ver, es en la situación clínica donde se ubica la forma más perniciosa y dañina del mal ejercicio del poder del psicoanalista. Su poder en el consultorio de psicoanálisis no puede ser negado, tampoco ignorado. La conciencia de su existencia debe ser la señal para no caer en sus trampas. El buen analista es aquél que asume la posición de quien no sabe y se permite aprender con su paciente, creando un clima de confianza y seguridad. El analista que “sabe” y tiene ideas preconcebidas, tratará al paciente que está en su cabeza y no a aquél que está en su presencia.

Otro espacio en que podemos estudiar el poder y la lucha para conseguirlo, son las instituciones psicoanalíticas. En ellas, el poder debe ser ejercido por verdaderos líderes, que, por su ética, conocimiento, visión y compromiso personal con la institución y sus miembros, se propongan trabajar para su desarrollo, queriendo ser útiles a la Sociedad en vez de querer dominarla.

Afortunadamente, sólo en algunos pocos casos, eso no ocurre.

Algunas veces, la lucha por el poder se hace para que haya la preponderancia de este o aquel grupo, habiendo una peculiaridad en relación a esos grupos: sus miembros se mantienen unidos a través de la adhesión a una escuela o corriente psicoanalítica. No es rara una conexión casi religiosa en torno a un líder que sería el poseedor del profundo saber de aquella teoría, como un profeta iluminado por las verdades que le fueron transmitidas. El poder dentro de la institución, en esos casos, significaría tener la posibilidad de difundir mejor sus ideologías, en un intento de hacer de la institución seguidora de aquella escuela o teoría, lo que permitiría a los poseedores de esos conocimientos tener un mayor número de adeptos y seguidores.

Esos grupos, frecuentemente, se cierran, haciendo que sus miembros se vuelvan prisioneros de sus propias teorías e ideologías, de una forma casi religiosa, en que los conceptos dejan de ser científicos, transformándose en dogmas.

Evidentemente que el poder ejercido por los líderes de esos grupos es amenazado por cualquier pensamiento nuevo; el encierro y el estancamiento de ideas debe ser la meta. Se forman feudos de mediocridad, donde el poder debe ser mantenido a cualquier precio.

Nada impide que una Sociedad de psicoanálisis o un grupo de psicoanalistas funcione dentro de ese modelo: una única teoría con sólo una verdad y el poder siendo mantenido por aquellos que recibieron las verdades dogmáticas a través de sus profetas. Ellos crean una imagen de poseedores de un saber que tiene la apariencia de ser mucho más grande de lo que es en realidad, usando para eso artificios como lenguajes herméticos, con términos y expresiones casi mágicas, evidentes en sí mismas y por encima de cualquier cuestionamiento, y usadas como verdades definitivas. Se crea una terminología incomprensible, pero de hermoso efecto.

No nos olvidemos que, con alguna frecuencia, la lucha por mantener el poder en una institución psicoanalítica, oculta, también, intereses económicos. Esos intereses estarían dirigidos hacia los candidatos en formación analítica. La forma sería impresionarlos y seducirlos, a través de propuestas de facilidades y soluciones milagrosas. El uso de una imagen de líder paternalista y poderoso, único poseedor de un saber original y definitivo en psicoanálisis, es visto como una posibilidad de atraer a los candidatos para supervisiones y análisis personales.

El poder, como lo dijimos al principio, es una práctica social. Está presente en cualquier espacio, desde una relación entre dos personas, pasando por pequeños grupos sociales, como el grupo familiar, llegando hacia el poder de una nación, o del dirigente de esa nación, sobre la comunidad mundial. Podemos, de ese modo, decir que la gran cuestión del poder está en la forma como es ejercido y en su uso.

## Resumen

El poder, como práctica social, adopta distintas formas y depende especialmente del modo en que se ejerce. En su forma democrática y creativa, estará al servicio del bien común. Cuando es puesto al servicio del narcisismo del líder es ejercido de forma arrogante y abusiva.

El poder del psicoanalista es un poder “otorgado” y no tomado a la fuerza. El psicoanalista es investido por su paciente, y en el ámbito social por los demás, con una imagen de poder, como si fuera capaz de resolver todos los problemas o de saberlo todo. Si se deja enredar por esa idealización se engeuece, perdiendo creatividad, capacidad de percepción y comprensión; lo cual termina obstaculizando el desarrollo de una identidad propia en el paciente.

Si esta forma de ejercicio de poder se despliega en la institución psicoanalítica se crean lazos de adhesión, de estilo casi religioso, en torno a líderes que pretenden representar escuelas o corrientes con la ilusión de poseer el conocimiento verdadero, y cuyo poder buscan afirmar seduciendo a los analistas en formación y en desmedro del diálogo abierto con los demás.

**Palabras clave:** Poder, creatividad, institución psicoanalítica, situación clínica, narcisismo del analista, democracia

## Abstract

*Power, as a social practice, takes different forms and especially depends on how it is exercised. In its democratic and creative way, it will serve the common good. When it is put to the service of the leader's narcissism it is arrogant and abusive.*

*The power of the psychoanalyst is a power “granted” and not taken by force. The analyst is invested by his patient, and in the social sphere by others, with an image of power, as if he were able to solve all the problems or know everything. If left entangled by this idealization he is blinded losing creativity, perception and understanding; which ends up hindering the development of identity in the patient.*

*If this form of exercise of power is deployed in the psychoanalytic institution it creates bonds of almost religious style around leaders who claim to represent schools or movements with the illusion of possessing the true knowledge, and whose power they seek to assert by seducing analysts in training at the expense of open dialogue with others.*

**Keywords:** Power, creativity, psychoanalytic institution, clinical situation, analyst's narcissism, democracy